

NARCISISMO Y PULSIÓN DE MUERTE: EL DESINVESTIMIENTO DE LA SUBJETIVIDAD¹

María Elena Sammartino²

Para comenzar, dos textos que anticipan el final de un recorrido:

Decía Piera Aulagnier en 1975 (p.57) que Tánatos no desea la muerte sino el antes de la vida, antes del deseo. Tánatos intenta “anular toda razón de búsqueda y de espera, gracias al retorno a un silencio primero, a un antes del deseo, momento en el que se ignoraba estar condenado a desear”

En aquel mismo año, André Green afirma en su hermoso texto *El analista, la simbolización y la ausencia en el encuadre analítico* (1972-86, p.82), que la nada es la verdadera significación de la pulsión de muerte, y que la nada es mucho más que la agresividad.

Ambos autores son representantes muy significativos de un movimiento teórico y clínico que fue ampliando las bases del psicoanálisis con Freud y a partir de Freud, para desarrollar instrumentos que hicieran posible el trabajo psicoanalítico con pacientes hasta entonces en los bordes externos de la analizabilidad. Esa apertura del horizonte epistemológico provee hoy conceptos fundamentales para la escucha de las patologías actuales.

A modo de introducción, señalaré algunos conceptos nucleares de la metapsicología contemporánea que subyacen al tema central.

- 1) En primer lugar, **la importancia de la representación como núcleo de la construcción psíquica.**

Desde las primeras inscripciones sensoriales del encuentro entre la pulsionalidad del bebé y el objeto primario, hasta el acceso al pensamiento, la pulsión de vida teje una trama representacional que construye el aparato psíquico y sus instancias.

Las representaciones de cosa, heterogéneas y abiertas a la transformación y la resignificación, ponen en relación la cosa y la palabra por medio del lenguaje, y en el nivel inconsciente, ligan la cosa a la pulsión. La representación de cosa es el nódulo de la

¹ Conferencia realizada en la AMPP, Asociación madrileña de psicoterapia psicoanalítica, el 25.4.24. Publicado en la Revista de Psicoterapia Psicoanalítica número 32 de la AMPP, marzo de 2025.

² melenasam@gmail.com; GRADIVA, Associació d'Estudis Psicoanalítics de Barcelona.

actividad psíquica, piensa André Green que será el autor que guiará nuestro recorrido (1995, p.145)

Pero esas representaciones también pueden ser abandonadas o atacadas por las pulsiones destructivas y así no hallarían otra vía más que la descarga en lo real.

¿Cómo surge en la teoría esa relación entre las pulsiones destructivas y la no representación?

Es conocido el pasaje en la obra freudiana de la primera a la segunda tópica, mediado por el descubrimiento de la pulsión de muerte en *Más allá del principio del placer*. El sueño como modelo de la primera tópica, un aparato constituido por instancias plenas de representaciones, deja paso a una tópica que admite en su seno el vasto territorio de la pulsionalidad no ligada, no representada.

Curiosamente, fue un tipo de sueño fallido el que condujo a Freud hacia el nuevo modelo metapsicológico: los sueños en las neurosis de guerra, en las neurosis traumáticas, que fueron reemplazando en el pensamiento freudiano a las neurosis actuales. Se trata de sueños que no cumplen su función de ligazón y elaboración de los conflictos ni despliegan una realización de deseos. Ellos testimonian un tiempo detenido, tiempo del horror que no cesa, reeditando las escenas más penosas sin apertura de vías elaborativas. Se trata de vivencias que han excedido la capacidad paraexcitadora del psiquismo, es decir, experiencias traumáticas.

La temporalidad coagulada, el destronamiento del principio del placer, ponen en jaque la pulsión de vida. Freud lo piensa como el retorno a lo inanimado, la tendencia a la descarga sin fin, pulsión no ligada por la representación, pulsión de muerte.

La moción pulsional, por lo tanto, podrá tener como destino la representación o la descarga.

La representación es efecto de ligazón por la pulsión de vida que mueve no solo la inscripción de las experiencias habidas con el objeto sino también la sustitución entre representaciones, la simbolización, la creación de nuevas representaciones investidas pulsionalmente.

La pulsión no ligada que busca su descarga repetidamente, la pulsión de muerte, pretende hacer el vacío en el aparato psíquico, deshacerse del sentir, evadirse de un dolor sin nombre, sin sentido, sin representación.

Últimamente, me he dedicado al estudio de las autolesiones en la piel en el contexto de la evolución de la patología contemporánea y del desarrollo de pensamiento psicoanalítico para el trabajo con estos jóvenes de hoy. Recuerdo varias pacientes explicando el estado de agitación y excitación dolorosa y acelerada que acaba en un acto de descarga que pone freno al malestar: la realización de uno o varios cortes en el brazo y a veces también en las piernas y otras zonas del cuerpo. Los cortes generan un estado nirvánico de paz, una calma neutra que no dura mucho tiempo y que con frecuencia genera luego una fuerte angustia que mueve a un nuevo corte. El desencadenante de ese dolor y desespero es siempre una situación imposible de pensar, tolerar, metabolizar, aunque su índole pueda ser muy variada y responder a organizaciones psíquicas diferentes. Así, en muchas adolescentes la compulsión a realizarse autolesiones se desencadena por la reactualización de situaciones de soledad o desamparo en los primeros tiempos de la vida. Los duelos actuales, las pérdidas del amor del otro, funcionan *après coup* como un segundo tiempo de lo traumático, desencadenando un estado de ansiedad incontenible que rompe los diques paraexcitadores y mueve a la urgencia de la descarga.

2) El segundo punto de esta introducción gira en torno al **concepto de pulsión de muerte y el lugar del objeto primario en la activación de la destructividad.**

A nivel de la clínica, Freud había señalado tres casos ilustrativos de la pulsión de muerte: la conciencia de culpa, el masoquismo y la reacción terapéutica negativa. Los escenarios clínicos que evidencian por la vía del sadomasoquismo la presencia de la pulsión de muerte intrincada con la pulsión de vida, parecen dejar paso en la actualidad a formas menos intrincadas, a expresiones menos ligadas de la destructividad como es el caso de la anorexia grave o los cuadros autísticos en franco crecimiento.

Frente a los psicoanalistas que rechazan la existencia de una pulsión de muerte, Green piensa que al hablar de pulsión de muerte nos estamos refiriendo a la cuestión de la destructividad de sí mismo o de los otros, tan evidente en lo social y en clínica individual. Se trata de la destrucción de la vida, del cuerpo físico, pero también del alma y del psiquismo tal como se puede descubrir como objetivo cuando se trata de sojuzgar o dominar en la guerra o en relación con un opositor: se busca destruir la capacidad de pensar y todo atisbo de voluntad individual. Ya en 1967, en *La fortaleza vacía*, Bruno Bettelheim describe ese proceso de pérdida de toda subjetividad en los campos de concentración nazis y lo compara con las vivencias que conducen a un niño al encierro autístico.

Green partió de la idea de de una destructividad originaria de doble orientación, interna y externa, pero la evolución de su pensamiento fue apartándolo de la vertiente expulsiva, violenta y agresiva que consideró una expresión secundaria de la intrincación pulsional. Los desarrollos teóricos más significativos de su obra concibieron la pulsión de muerte como una fuerza autodestructiva de desinversión. En el texto más personal de sus escritos, *Pulsión de muerte, narcisismo negativo, función desobjetalizante* (1993, p. 117), considera que para Freud la autodestrucción constituye la expresión fundamental de la pulsión de muerte mientras que la hetero-destrucción no es sino una tentativa de aliviar la tensión interna, “En lo que a mí respecta -dice Green- adhiero plenamente a la hipótesis de que la función autodestructiva cumple un papel correspondiente para la pulsión de muerte, al que cumple la función sexual para Eros. Sin embargo, a diferencia de Freud, no creo que se deba defender la idea de que esta función auto-destructiva se exprese de manera primitiva, espontánea o automática” (p. 120). *La compulsión a la repetición mortífera corresponde a un fracaso del encuentro entre la pulsión y los objetos primarios cuya consecuencia es una mala organización del mundo representacional*. El objeto en función materna tiene como una de sus funciones fundamentales el contribuir a la intrincación pulsional. El fracaso de esta función podrá activar la pulsión de destrucción. Un conflicto actual que invista retroactivamente vivencias infantiles no representables puede desencadenar la manifestación de esa pulsión de destrucción.

Sentados los puntos de partida, nos ocuparemos ahora de la relación entre el narcisismo y la pulsión de muerte.

NARCISISMO Y PULSIÓN DE MUERTE

En el prólogo de su obra *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*, Green da cuenta de una meta en sus desarrollos teóricos: poner en relación dos conceptos nucleares que Freud introduce en su obra, sin llegar a establecer sus nexos, el narcisismo y la pulsión de muerte. La vinculación entre ambos conceptos permitirá a Green explicar cómo la pulsión de muerte está ligada al aparato psíquico y cómo el comprender el fracaso de dicha relación dará recursos para el tratamiento de casos inaccesibles, casos en los que la pulsión de muerte opondrá una fuerte resistencia, resistencia silenciosa, indiferente, verdadera *anorexia de la vida*.

Para entender los elementos fundamentales de su teoría tal vez sería interesante recordar la perspectiva de uno de sus autores preferidos, Winnicott, sobre el surgimiento de las

tendencias destructivas. Para Winnicott, el acoplamiento originario madre-bebé es condición de la integración yoica y sostén del sentimiento de continuidad existencial. El holding es envoltura protectora frente a los estímulos del mundo y de la vida pulsional, también es abrazo que conjuga en una unidad indiferenciada los ritmos de los dos miembros de la dupla, facilitando en el niño la creencia paradójica de que la criatura es la creadora de todo lo bueno que le es ofrecido para satisfacer su necesidad y su gesto espontáneo. Esa primera paradoja que estructura el naciente narcisismo infantil abrirá paso a la segunda paradoja constituyente: "jugar a solas en presencia de la madre", consolidación de un espacio transicional que se abre al símbolo en el que el niño puede imaginarse autosuficiente. Pero si el rostro y los ritmos pulsionales maternos imponen su presencia real tempranamente o se producen grietas importantes en la continuidad del holding, el niño experimentará caídas impensables. La ruptura de la continuidad existencial por fallos en el holding será la fuente de la que nazcan las tendencias destructivas.

Desde la perspectiva de André Green, esa envoltura protectora que provee el holding y el handling materno acaba invirtiendo su polaridad, constituyendo una estructura encuadrante para el propio sujeto. La investidura materna se transforma en investidura del niño hacia sí mismo. Se trata de un modelo estructural del narcisismo primario fundado en la alucinación negativa de la aprehensión de la madre y en el doble retorno de la pulsión (la mudanza pasivo-activo y la vuelta contra sí mismo). El abrazo materno invierte su polaridad y se constituye en un marco, una estructura vaciada de la presencia materna a través de la alucinación negativa que la pone fuera del yo. Se correspondería con el momento que Winnicott describe como el de "jugar a solas en presencia de la madre" y tendría como antecedente el nacimiento del autoerotismo acompañando a la alucinación satisfactoria del deseo. Se trata de la ausencia sobre un fondo de presencia. El niño juega a solas, es autosuficiente ("¡yo solo!", suele decir), sobre el fondo de la imprescindible presencia materna. Recordemos que la dupla autosuficiencia-dependencia marca el funcionamiento del narcisismo.

En un proceso de vuelta sobre sí mismo, el sujeto mira y se mira como fue mirado, se piensa como fue pensado. El retorno pulsional cobra la forma del amor del yo dirigido a sí mismo. La pulsión se vuelve autoerótica. "El objeto materno se borra como objeto primario de la fusión, para dejar lugar a las investiduras propias del yo, fundadoras de su

narcisismo personal³, esta borradura de la madre, no la hace desaparecer verdaderamente. El objeto primario se convierte en estructura encuadradora del yo.” (Green, 1983, p. 231).

El abrazo materno, que incluye las vivencias fusionales madre-bebé, se vuelve marco y límite del espacio psíquico en el que se irán inscribiendo las representaciones y el juego del autoerotismo. *El éxito de ese proceso de constitución de la estructura encuadrante garantiza la ligadura y neutralización de la pulsión de muerte en tanto que vuelve estructura psíquica la función paraexcitadora del objeto primario.* El fracaso en la constitución del marco psíquico habla de un desencuentro en el origen o de una ruptura de la continuidad existencial, ya sea porque el objeto primario ha rehusado el abrazo libidinal o, por el contrario, porque el exceso de presencia no permite su negativización.

El dolor que comporta para el niño la carencia o el exceso, la falta de investimento tanto como la intrusión pulsional, acaba siendo coagulado por la vía de la retirada de su propia investidura. Cuando la psiquis no encuentra el camino hacia la vectorización pulsional por la vía de la representación, las pulsiones de destrucción abren el camino a la desobjetalización, la retirada de las inversiones dirigidas al objeto y a todo aquello que pudiera evocar, incluyendo las representaciones del mundo y de sí.

La retirada radical del investimento del objeto materno en tiempos de indiferenciación entre el sujeto y el objeto, entre el interior y el exterior, actúa sobre la nascente representación interna del objeto induciendo una desligazón pulsional con la consiguiente liberación de energía que amplifica paradójicamente el daño del que se intenta escapar. El sujeto se autodestruye para evitar una angustia aniquilatoria. De esta forma, *las experiencias de dolor marcan al psiquismo nascente con una tendencia defensiva que se mantendrá a lo largo de la vida: el desinvestmento del objeto interno. La desobjetalización, puede devenir la única solución contra el dolor traumático.*

Dice Christian Delourmel en su libro *Médecine et psychanalyse* (p.194) que ese nudo traumático precoz constituido por una mezcla de huellas dolorosas y defensas paradójales, tiende a repetirse compulsivamente y se refuerza a lo largo del tiempo cuando lo actual entra en consonancia con las huellas del encuentro fracasado entre la pulsión y el objeto materno. Para evitar el dolor el sujeto recurre a defensas autodestructivas: la desobjetalización, el desinvestmento del objeto y de sí.

³ Hace referencia al narcisismo introducido por Freud en 1914 y que Green denomina *narcisismo de vida*.

Para Green, la expresión clínica de la desobjetalización es el narcisismo negativo o narcisismo de muerte. El narcisismo negativo sería la “doble sombra del Eros unitario del narcisismo positivo” (1983, p. 38).

Green diferencia el narcisismo negativo del masoquismo (ídem, p.38). El masoquismo aspira al dolor como forma de existencia en tanto que “el narcisismo negativo se dirige hacia la inexistencia, la anestesia, el vacío, lo blanco (como sinónimo de neutro)”, *sea que el blanco invista el afecto* (indiferencia, el sujeto no siente, no empatiza, se ha deshecho de la emoción), *la representación* (alucinación negativa, no reconoce lo que acaba de decir, o no se reconoce a sí mismo) *o el pensamiento* (psicosis blanca, el sujeto no puede pensar).

El objetivo esencial de las pulsiones de vida es asegurar la *función objetalizante* a través de la investidura libidinal. Su meta es la transformación de pulsiones en objetos. Las pulsiones de vida pueden llegar a objetalizar, no sólo vivencias, objetos y funciones psíquicas sino, incluso, la tarea permanente de invertir. “Del lado opuesto, el designio de la pulsión de muerte es desempeñar de la manera más extrema posible una *función desobjetalizante*, por medio de la desligazón. Esta calificación permite comprender que no sólo es atacada la relación con el objeto sino que son atacados también todos los sustitutos de éste: el yo o el pensamiento, por ejemplo, *y el hecho mismo de la investidura en tanto que ha sufrido el proceso de objetalización.*” (1993, p.122).

La función desobjetalizante de la pulsión de muerte propia del narcisismo negativo no sólo mostrará su actividad destructiva en la melancolía, las formas no paranoides de la psicosis o el autismo sino también en otras formaciones psicopatológicas como la anorexia mental, cuadros de desorganización psicosomática, o patologías límite en los que exista un deseo - en general inconsciente- de autodestrucción física o mental.

Para facilitar la comprensión de los procesos defensivos de desinvertimiento, veamos a continuación un momento de la primera entrevista con Jan, un niño de 3 años y medio que tiene serias dificultades para dormir o para tener algún momento de calma a lo largo del día. He hablado sobre este caso en un texto anterior, *Huellas de lo arcaico en la clínica infantil*. Siendo un niño inteligente y conectado, Jan tiene problemas en la escuela ya que parece un ciclón siempre en movimiento y con frecuencia muerde a los compañeros. Su tendencia a la descarga y la actuación, la dificultad en contener su pulsionalidad y la angustia que lo invade al ir a dormir, señalan fallos en la función paraexcitadora de la estructura

encuadrante. Como suele ocurrir, los déficits de la estructura encuadrante se reflejan sobre el funcionamiento del encuadre en las sesiones.

En la primera entrevista conjunta madre-hijo, el niño se muestra alegre e interesado en todos los objetos de la consulta. Investiga algunos juguetes de la caja que le ofrezco pero no organiza ninguna secuencia de juego salvo un breve momento en que se ocupa en meter unos cubos dentro de los otros.

Su interés va pasando de un objeto a otro. Durante mucho rato va recogiendo objetos que inmediatamente olvida o deja caer, el interés va dejando paso a una creciente excitación sin objeto. En un momento se queda quieto y noto que se masturba analmente, sentado sobre su tobillo. Luego, más tranquilo, recorre la consulta, intenta encender el ventilador y se sube a la silla y al escritorio. Elige después un oso de peluche y lo aprieta contra su pecho; con calma y sonriente se acerca a la madre y se estira en el suelo delante de ella, acostado, sosteniendo al osito; la mira con ternura y sonriendo seductor le pregunta si se marchará. Ella le contesta que no, con sequedad y sin mostrar interés alguno en la demanda amorosa del niño. Él insiste unos segundos más, pero ella no responde en ningún sentido, su gesto permanece indescifrable. El niño se levanta con furia y comienza a golpear violentamente con un martillo un juguete; los golpes, muy fuertes, se acompañan con una mirada fija, llena de rabia, como si odiara al objeto que golpea. Pero poco a poco los golpes van perdiendo furia y se transforman en un movimiento rítmico, cada vez más lento y acompasado, descargado de toda emoción, vacío, hipnótico. La mirada sigue fija en el movimiento, pero el niño se ha ausentado.

Lo llamo al contacto conmigo y sale de allí desbocado, como un trompo sin eje, corriendo de pared a pared, tocando todo, tirando objetos y sin atender a ningún freno verbal. Sólo consigo detenerlo envolviéndolo fuertemente con mis brazos. La madre permanece pasiva e inexpresiva.

Jan ha hecho un gran esfuerzo a lo largo de esta entrevista por contener su vida pulsional. Ha intentado poner freno a su agresividad por la vía placentera del autoerotismo y se ha dirigido amorosamente a su madre que al no responder a la seducción deja también caer la posibilidad de significar al niño devolviéndole sentido, emoción cualificada y límite.

El fracaso de la experiencia desata una rabia sin control, un deseo de destruir y desembarazarse de un objeto que rechaza y deja a merced del dolor de la invasión de

excitación. Es notorio cómo la falta de respuesta de la madre desorganiza el funcionamiento autoerótico que permitía a Jan inhibir la descarga pulsional desorganizada.

Pronto los afectos van perdiendo cualidad, ya no hay violencia, ni placer, ni búsqueda, sólo puede contenerse generando un vacío de emociones. Jan se va ausentando subjetivamente, los golpes cargados de furia dejan paso al puro movimiento autohipnótico, señal de la producción de un vacío mental por la vía autosensorial. El investimento dirigido al objeto ha desaparecido, y con él toda investidura de sí mismo o de sus representaciones internas.

A partir de allí Jan es como un trompo sin eje que busca encontrar los límites de sí mismo chocando contra las paredes. La angustia propia de ese estado es aniquilatoria, las palabras ya no sirven, el único límite que puede contenerlo es el abrazo físico. La falta de respuesta materna, el rostro que no refleja, deriva en la *producción activa de un vacío de objeto interno y su correlato, un vacío de sujeto, un hueco en la organización subjetiva que se degrada regresivamente en una pura descarga de excitación.*

Para finalizar este apartado, haré una breve referencia a Piera Aulagnier quién describió una actividad similar en los albores de la vida, en tiempos de la más plena indiferenciación entre la criatura y el mundo. Se trata de una forma de inscripción anterior a las primeras representaciones de *El Proyecto*, el registro pictogramático, que informa de las experiencias de placer o displacer con el objeto a través de un pictograma. Cuando el encuentro con el objeto es displacentero por exceso o defecto, el infans registra un pictograma negativo que buscará la destrucción del objeto y por consiguiente de sí mismo, dado que en lo originario rige el postulado del autoengendramiento que no admite la diferenciación sujeto-objeto. El pictograma negativo en su afán de destruir aquello que genera dolor acabará haciendo desaparecer tanto al objeto como a su zona complementaria, por ej. el pecho y la boca, como ocurre en el autismo primario. Ese fondo representativo se reactivará en sucesivas experiencias de la vida activando el pictograma de rechazo y el deseo de autoaniquilación.

LA DESLIGAZÓN SUBJETAL

En el texto titulado *La escisión: de la desmentida al descompromiso en los casos fronterizos* (1993, p.161), Green estudió una de las formas que puede tomar el uso defensivo de las tendencias destructivas, la *fantasía de la desligazón subjetal del yo*, una actividad defensiva que produce una escisión entre el yo y el sujeto de las pulsiones. En análisis, la palabra emerge hueca, vaciada de pasión, pegada a la objetividad, a la superficie de la cosa. Otras veces, se deshace rápidamente de todo encuentro emocional con el analista o con la palabra plena de

sentido. No se trata del desinvestimiento del objeto o de los vínculos con él sino que se deshace el compromiso con el objeto ligado a la pulsión. El yo se desconecta de los fundamentos de su subjetividad aunque sigue esperando que el objeto satisfaga sus necesidades externas. Confunde ser deseado con desear y suele colocarse en una posición de víctima frente al otro. En los casos extremos, esta operación defensiva es la fuente de una *desertificación psíquica*, estado de no vida que puede manifestarse de diversas formas, algunas de ellas muy presentes en la sociedad actual. Green describe como una de las formas clínicas de la desligazón subjetal, la *posición fóbica central* (2002, p.142), propia de aquellos pacientes que se prohíben la vía asociativa y llegan a negar alucinatoriamente tanto sus propios recuerdos como las palabras dichas en transferencia frente al temor a reencontrarse con las experiencias traumáticas que jalonaron su infancia.

Otros pensadores han ido confiriendo formas teóricas y clínicas a las distintas expresiones del desinvestimiento defensivo de la subjetividad. Joyce McDougall desarrolló en los años 70 la problemática de los pacientes normópatas -los antianalizandos-, tema abordado a posteriori por otros autores como Christopher Bollas. Una de las últimas aportaciones de Mc Dougall la realizó en 1995 en su libro *Las mil y una caras de Eros*. Se refiere allí a las defensas propias de las patologías no neuróticas, como la desmentida o la forclusión, que intentan lidiar con la roca de la alteridad y las vivencias traumáticas que genera la dependencia del objeto. Pero, más allá de las soluciones neuróticas, perversas o psicóticas, Mc Dougall habla de una tercera solución en la lucha agotadora contra el desborde afectivo y el sufrimiento psíquico. Se trata de una *desafección* total. “Aunque sean antinómicas, las pasiones del amor y del odio están ambas del lado de la vida. El verdadero contrario del amor no es el odio sino la indiferencia. El amor y el odio, en las innumerables formas y transformaciones múltiples que revisten -actividades creativas y sublimatorias, soluciones neuróticas, psicóticas, perversas o caracterológicas- son barreras protectoras contra el último peligro: la destrucción de la vida afectiva y, con ella, la pérdida de la significación de la relación con los otros y consigo mismo” (p. 311). Estas palabras resuenan con fuerza cuando uno observa algunas transformaciones en la vida de relación que se están produciendo en la sociedad actual. La indiferencia y la desafección hacia el otro, tanto del lado del amor como del dolor, intentan hacer al individuo invulnerable al sufrimiento psíquico y generan una ilusión de omnipotencia y capacidad de satisfacción de todos los deseos. La clínica, sin embargo, cuestiona estas convicciones. ¿Podríamos, tal vez, compartir la idea de McDougall de que el sujeto construye “un falso escudo que oculta el vacío dejado por la aniquilación del sentido y la destrucción del deseo” (ídem)?

Recuerdo aquí el vacío de Marta, horas y horas haciendo *scrolling*, pasando imágenes de TikTok de forma hipnótica, en la soledad de su habitación, hasta inducir el desinvertimiento de toda emoción. Durante muchos meses Marta había sido una constante consumidora de encuentros sexuales esporádicos con chicos y chicas del mercado de Tinder. No quería compromisos. Se sentía poderosa y dueña de sí. Hasta que la oquedad afectiva dio paso a una angustia persistente que la llevó a encerrarse en su habitación. Llegó a tratamiento después de haberse autolesionado en brazos y piernas, una nueva estrategia defensiva para evitar el dolor.

Los poetas, como siempre ha sido, estuvieron tempranamente en contacto con el abismo del vacío. Antonio Machado, en 1906, escribe aquella preciosa poesía llamada *Yo voy soñando caminos*, donde canta el dolor de una pérdida amorosa clavada como una espina en el corazón y dice:

“En el corazón tenía
la espina de una pasión;
logré arrancármela un día;
ya no siento el corazón”

El poeta se arranca la espina, olvida, ya no siente dolor... pero tampoco siente el corazón, se ha quedado hueco y vacío. El campo está mudo y sombrío, la tarde se oscurece, el camino (de la vida) se enturbia y desaparece.

Y acaba cantando:

“Aguda espina dorada
quién te volviera a sentir
en el corazón clavada”

Bibliografía

- Aulagnier, P. (1975), *La violencia de la interpretación*. Bs.As.: Amorrortu ed., 1991
- Bettelheim, B. (1967), *La fortaleza vacía*. Barcelona: ed. Laia, 1987
- Delourmel, Ch. (2024), *Médecine et psychanalyse. Discontinuité et unité de la vie psychosomatique*.
Bulgaria: ed. Ithaque
- Green, A. (1972-86), *De locuras privadas*. Bs.As.: Amorrortu ed., 1990

- Green A. (1983), *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Bs.As.: Amorrortu ed., 1993
- Green A. (1993), *El trabajo de lo negativo*. Bs.As.: Amorrortu ed., 1995
- Green A. (1995), *La metapsicología revisitada*. Bs.As.: ed. Audeba, 1996
- Freud, S. (1917 [1915]), *Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños*. O.C., Bs. As.: Amorrortu ed., tomo XIV
- Freud, S. (1920), *Más allá del principio del placer*. O.C., Bs.As.: Amorrortu ed., tomo XVIII
- Machado, A. (1906), *Yo voy soñando caminos*. Madrid: Nórdicalibros, 2020
- McDougall, J. (1995), *Las mil y una cara de Eros*. Bs.As.: ed. Paidós, 2005
- Sammartino, M.E. (2013), Huellas de lo arcaico en la clínica infantil. Rev. on line *Controversias en Psicoanálisis de niños y adolescentes*, nº 13, www.controversiasonline.org.ar
- Winnicott, D.W. (1971), *Realidad y juego*. Barcelona: ed. Gedisa, 1986